

# ESPACIO AÉREO Y ESPACIO TERRESTRE, LUGARES DE PROYECCIÓN INTERIOR

ÁNGELES SÁNCHEZ HERNÁNDEZ  
*Universidad de Las Palmas de Gran Canaria*

## INTRODUCCIÓN

El tema que centra las intervenciones en este congreso, espacio y texto, me sugirió la posibilidad de trabajarlo a través de las obras de A. de Saint-Exupéry, autor que conozco con alguna profundidad por distintas investigaciones llevadas a cabo, sus textos me habían convencido de la presencia del espacio como un elemento determinante y evidente en su narrativa. Por lo general, las imágenes que persisten en nuestra memoria relativas a este escritor son las de héroe de la aviación, cuyos libros son testimonio de las dificultades del piloto en los primeros años de la navegación aérea. La figura que revivimos a propósito de él está ligada al avión.

Curiosamente, si intentamos detenernos en ese espacio aéreo para encontrar descripciones de esta dimensión cósmica, son escasas las alusiones directas del autor a este propósito. Sin embargo, el autor, desde este escenario privilegiado, lleva a cabo la interpretación del mundo terrenal de modos distintos, según los diversos ámbitos a los que dirige su atención. En la casi totalidad de las obras, la acción se desarrolla en el ambiente de la aviación y, en gran parte, en el aire; por el contrario, la obra póstuma, única que se sitúa en la tierra, dentro de la ciudadela del desierto, ofrece mayor número de referencias simbólicas al medio celeste. Esa construcción fortificada, símbolo de firmeza frente al enemigo, es el último reducto humano capaz de hacer renacer al hombre nuevo, alimentado por las raíces de una civilización que Saint-Exupéry creía en peligro de extinción. La *Citadelle* emplazada en el desierto es símbolo del eje sobre el que desea modelar una

nueva sociedad. Esta creación sienta sus bases en la parte esencial del hombre, en su corazón, pero con la mirada dirigida hacia lo más elevado.

En nuestra exposición, vamos a revisar los espacios narrativos en los que se desarrollan las obras que pueden calificarse más fácilmente de novelas, *Courrier sud* o *Vol de nuit*, contrastando las consideraciones que sugieren los ámbitos geográficos de la ficción con el testimonio personal del autor, en cartas enviadas a sus allegados, para determinar qué importancia tenía para él el medio exterior en el que se desenvolvía su vida. En publicaciones posteriores, *Terre des hommes* o *Pilote de guerre*, el autor transcribió más abiertamente sus reflexiones y su pensamiento, por lo que la comparación con las palabras que pudiera ofrecer a sus familiares o amigos nos proporcionaría datos muy semejantes. En *Citadelle*, el escritor repite frases con sentido similar a las reflexiones recogidas en los *Carnets*.

#### ANÁLISIS DE LA PRODUCCIÓN

En una primera aproximación a sus obras, la acepción de espacio como sinónimo de aire, fluido que conforma la atmósfera terrestre, no parece relevante para comprender el sentido de los textos. Sin embargo, hay otra definición más filosófica, heredada de la ciencia física, en la que el espacio sólo existe por relación a los cuerpos, es decir, el espacio no es más que el conjunto de relaciones de distancia entre dos o más cuerpos; o entre los puntos de un mismo cuerpo. Esta dimensión es, justamente, la que interesa al escritor y en esa dimensión trabajamos.

En esta comunicación, queremos presentar las distintas relaciones que se establecen entre el personaje y los espacios en los que se desarrolla la acción relatada en las obras de A. de Saint-Exupéry.

#### *Del espacio aéreo a la tierra. Comprenderse y comprender el mundo*

Cuando el piloto Fabien, en *Vol de nuit*, se refiere al espacio aéreo donde se encuentra situado, nos describe el emplazamiento geográfico en el que se halla pero añade una dimensión temporal, al hablarnos de la noche:

Pourtant la nuit montait, pareille à une fumée sombre, et déjà comblait les vallées.[...] Déjà pourtant s'éclairaient les villages, et leurs constellations se répondaient. [...] La terre était tendue d'appels lumineux [...] Tout ce qui couvrait une vie humaine déjà scintillait. Fabien admirait que l'entrée dans la nuit se fit cette fois, comme une entrée en rade, lente et belle<sup>1</sup>.

1 SAINT-EXUPÉRY, A., *Vol de nuit*, Paris, Gallimard, 1931, p. 21. En lo sucesivo las referencias a esta obra se indicarán entre paréntesis en el corpus del texto: (V.N., p. x).

Esta descripción espacio-temporal tiene que ver también con un territorio de ensoñación y reflexión. Existen los espacios reales, los pueblecitos que contemplaba, y existe también un momento determinado, la noche; pero Fabien se adentra en la noche, en el misterio, para tratar de hallar la esencia de la vida y no aquello que la envuelve.

El texto va a continuar, un poco más adelante, mostrando el interior del espacio material donde él se encuentra, la carlinga, de la que describe con gran minuciosidad hasta los pequeños detalles. Esos detalles del interior del avión que se adentra en la noche tienen relación directa con lo que quiere descubrir al lector. El protagonista se identifica de tal forma con el aparato que maneja, con el instrumento que le ayuda a penetrar en la oscuridad nocturna, en el misterio, que ambos terminan formando una unidad; sus palabras textuales son: «l'avion qui respire» (V.N., p. 23). Progresivamente, la evolución de la narración va a terminar fundiendo los tres elementos: hombre, avión y noche en uno. Este proceso le sumerge en la meditación íntima. Los momentos de reflexión se transforman en acción, pero no en acción heroica o aventurera, sino ontológica. La introspección crea la experiencia, se siente vivo y esperanzado, pero Fabien no es capaz de explicarse con precisión de dónde procede esa confianza personal (V.N., p. 22).

La facultad del piloto para hacer partícipe de sí al espacio físico que le rodea, como hemos señalado a propósito del avión, es la misma que la del escritor. El joven Saint-Exupéry, en una carta dirigida a su madre, expresa claramente el malestar por su trabajo de burócrata, en la oficina, y constatamos la necesidad de evadirse de un ambiente que le supera: «Mon bureau est de plus en plus mélancolique et mon cafard persiste sournoisement. C'est aussi pourquoi j'amerais voyager»<sup>2</sup>. En este caso, el espacio de la oficina des Tuileries Boiron participa del malestar personal, y se transforma en un lugar de nostalgia, él se refería a ella como «la cage du Faubourg Saint-Honoré»<sup>3</sup>. Este periodo de su vida es una época de particular fractura personal, debido a la exacerbada sensibilidad que le impide sentirse integrado en la sociedad. El autor se considera incluso incomprendido por su familia, como confiesa en una carta remitida a una amiga: «Je suis resté pour la famille un être superficiel, bavard et jouisseur, moi qui ne cherche même dans le plaisir que quelque chose à apprendre et ne peux souffrir les frelons des boîtes de nuit, moi qui n'ouvre presque plus jamais la bouche parce que les conversations inutiles m'ennuient»<sup>4</sup>.

2 SAINT-EXUPÉRY, A., *Lettres à sa mère*, Paris, Gallimard, 1984, p. 152.

3 CATE, C., Saint-Exupéry, Paris, Grasset/Livre de poche, 1994, p. 111.

4 DESCHOT, E., *Saint-Exupéry*, Paris, Pygmalion, 2000, p. 27.

Razones similares pueden advertirse en *Vol de Nuit* por la forma en la que se refiere a los espacios que confinan la vida humana diaria; los actos cotidianos sólo se revisten de grandeza a los ojos del hombre cuando los observa desde lo alto, sentado en medio del cielo, según sus propias palabras (V.N., p. 22). En ese momento, el bienestar familiar se valora de manera especial porque parece eterno, fuerte y duradero. En contraposición, los bienes humanos, evocados narrativamente como estados de felicidad, son efímeros para él en la vida diaria, y parecen pasar casi desapercibidos. El piloto, en el alejamiento espacial, revaloriza los acontecimientos cotidianos que contribuyen a dulcificar la vida del hombre:

Tout ce qui fait douce la vie des hommes grandissait vers lui: leurs maisons, leurs petits cafés, les arbres de leur promenade. [...] Fabien eût désiré vivre ici longtemps, prendre sa part ici d'éternité, car les petites villes, où il vivait une heure, et les jardins clos de vieux murs qu'il traversait, lui semblaient éternels de durer en dehors de lu. (V.N., p. 19).

Todos estos territorios de la rutina vital pertenecientes a un tiempo concreto, vivido de forma acelerada en la hora real del día a día, toman aquí un valor trascendental. Observamos en Saint-Exupéry que esta felicidad concretada en los lugares familiares no le resulta suficiente, por lo que necesita viajar o volar, alejarse de un mundo que le oprime para encontrarse con lo que considera *vivir*. Cuando narra su accidente en el desierto de Libia, expone con claridad que repetiría la misma experiencia vital que le había aproximado a la muerte en varias ocasiones: «Si je rentrais, je recommencerais. J'ai besoin de vivre. Dans les villes, il n'y a plus de vie humaine.[...] Ce n'est pas le danger que j'aime. J'aime la vie»<sup>5</sup>.

Por la cita anterior, podemos comprender cómo la actividad que desarrollaba encarnaba la plenitud existencial. La responsabilidad adquirida como aviador le ayuda a superar la escasa autoestima de los primeros años juveniles de Saint-Exupéry. El bajo concepto de sí mismo en aquella etapa procedía, probablemente, de los fracasos como estudiante: en un primer momento, al no lograr su ingreso en la Escuela de Marina; y, luego como vendedor, profesión que ejerció poco después para satisfacer los deseos de su prometida, Louise de Vilmorin, pero también causado por su necesidad de autonomía económica.

---

5 SAINT-EXUPÉRY, A., *Terre des hommes*, Paris, Gallimard, 1939, p. 151. En lo sucesivo las referencias a esta obra se indicarán entre paréntesis en el corpus del texto: (T.H., p. X).

El espacio aéreo le proporciona la calma y la soledad que precisa, es el lugar donde encuentra una razón para su vida, el servicio a la sociedad. En la tierra se ve insignificante e inútil. En la soledad que disfruta ‘sentado en medio del cielo’ (V.N., p. 22) como Fabien se describe, se encuentra con esa parte de su personalidad que le cuesta gran esfuerzo manifestar en público pero que es esencial. El viaje por el que suspira en las cartas a su madre es el viaje de búsqueda de su identidad. Deschot<sup>6</sup> revela que Saint-Exupéry «à 24 ans a déjà tué la comédie». El escritor se siente cómodo entre sus compañeros pero reclama la soledad, como refiere a su amiga Yvonne de Lestrangle<sup>7</sup>.

El espacio le permite encontrarse consigo mismo en un primer momento y, posteriormente, le va dando respuesta a otras inquietudes. La meditación desde el aire le descubre paulatinamente la inmensidad, pero no sólo la inmensidad cósmica, sino que también le ayuda a comprobar la diversidad existente en el planeta Tierra. El avión le amplía los horizontes vitales, no los geográficos exclusivamente. Es un medio de liberación íntima por la introspección favorecida por el aislamiento del que disfruta en el aire, que le permite evadirse del mundo terrenal que él percibe como una prisión en ocasiones (T.H., p. 56).

En *Terre des hommes*, relata cómo la perspectiva terrestre observada desde el aire le ha enseñado que los caminos explorados por los hombres hasta ese momento no son los únicos posibles (T.H., p. 55). Asimismo, constata que se les ha ocultado parte de la realidad, mostrándole el lado más favorable de ella exclusivamente, lo que ha llevado a ignorar los terrenos más inhóspitos y estériles pero que existen igualmente y que es necesario conocer para comprender la complejidad del mundo. El hombre ha construido las rutas de acceso siguiendo un principio de utilidad primaria: «Elles épousent les besoins de l’homme et vont de fontaine en fontaine» (T.H., p. 56). Si se han formado así ha sido para dulcificar la existencia humana, pero él rechaza categóricamente esa atenuación de la realidad. Parece que la comprensión de la verdad humana en su totalidad no le inquieta sino que, por el contrario, le produce un mayor sosiego. Esta tranquilidad la ha alcanzado porque ha sido capaz de lograr una respuesta a sus múltiples confusiones a través de la observación de los espacios geográficos que le permiten reflexionar sobre aspectos desconocidos.

---

6 DESCHOT, E., *op. cit.*, p. 27.

7 *Ibid.*, p. 44.

La introspección se veía favorecida por el lugar desde donde la ejercía, el avión. La investigación del medio físico le ha procurado un mayor conocimiento de sí mismo pero también ha acrecentado su comprensión del mundo y de la historia. Sus palabras son: «Nous avons longtemps embelli l'image de notre prison, [...] nous voilà relisant notre histoire» (T.H., p. 56). Para comprender sus palabras debemos tener en cuenta el momento de redacción de este libro, años cercanos a la Segunda Guerra Mundial y a la guerra civil española que el escritor vivió en directo como corresponsal de dos periódicos, y que explican la preocupación por los acontecimientos históricos y sociales.

### *Espacios designados*

A pesar de su preferencia por el medio aéreo, Saint-Exupéry no logra librarse de lo que denomina *pesanteur* (T.H., p. 67), elemento que actúa como un imán que le conduce a la casa originaria. Los lugares terrestres más recurrentes en sus textos son, posiblemente, el desierto y la casa familiar infantil. Ya hemos comentado que no quiere ignorar las obstáculos geográficos, imágenes de las dificultades humanas, por lo que supone de falsificación de la realidad. Quizás por este motivo, llega a amar profundamente el desierto, como lugar desprovisto de refugio natural; en él, la inmensidad se impone a los ojos humanos sin posibilidad de encontrar escondrijo donde ocultarse y, por esa razón, es la dimensión preferida de reencuentro con lo fundamental. Para descubrir el desierto, el hombre necesita conservar la voluntad de lograr su meta como afirma en *Terre de Hommes*: «S'il [ le désert] n'est d'abord que vide et silence, c'est qu'il ne s'offre point aux amants d'un jour» (T.H., p. 77). Por esta razón, alcanzar el conocimiento esencial entraña la determinación para conseguirlo y el esfuerzo para no desistir, pero la comprensión definitiva se consigue por medio del corazón y no de la inteligencia (T.H., p.110). *Llevar al desierto* así como *adentrarse en la noche* poseen gran semejanza desde el punto de vista filosófico<sup>8</sup>, las dos experiencias albergan un sentido purificador que se asemeja al proceso místico.

La inmensidad del espacio simbólico del desierto resuena en el ser íntimo. Gaston Bachelard<sup>9</sup> constata que el soñador se ve liberado de sus preocupaciones, de sus pensamientos e incluso de sus sueños cuando la inmen-

8 LÓPEZ QUINTÁS, A., *Análisis estético de obras literarias*, Madrid, Narcea, 1982, p. 240.

9 BACHELARD, G., *La poética del espacio*, México-Madrid, Fondo de cultura económica, 1965, pp. 233-243.

sidad se instituye en el valor íntimo primero, conquistando con ello la libertad personal porque el hombre ya no se siente prisionero en su propio ser. Esta experiencia se observa a menudo en los textos de Saint-Exupéry como, por ejemplo, al manifestar: «Cette pesanteur me lie au sol quand tant d'étoiles sont aimantées. Une autre pesanteur me ramène à moi-même. Je sens mon poids qui me tire vers tant des choses! Mes songes sont plus réels que ces dunes, que cette lune, que ces présences» (T.H., p. 67). Advertimos que, a pesar de la atracción estelar, existe una tensión íntima con el mundo tangencial que se libera a través de la ensoñación realizada en medio de la infinitud. La inmensidad espacial transforma lo imposible en posible.

Hemos comentado la *pesanteur* a la que se refiere en *Terre des hommes* que es experimentada en el aire y que le lleva imaginariamente a sus residencias en la tierra. Una de sus preferidas es la casa natal, que no tiene ya un cuerpo de vivienda sino que ha adquirido un cuerpo de sueño, y ha quedado adherida al ser íntimo del hombre que la evoca. Recordemos las palabras del escritor a su madre en una carta de 1930:

Elle [la tendresse] est bien grande et me coûte bien des mélancolies et je ne puis penser à mon coin de terre sans une grande faim d'être là-bas. Et sans serrer les poings parmi toutes ces foules en pensant à l'odeur des tilleuls de Saint Maurice, à l'odeur des armoires, à votre voix, aux lampes d'Agay. Et à tout ce que je découvre qui fait de plus en plus le fond de moi-même<sup>10</sup>.

El sentido de la declaración filial se aproxima, como podemos comprobar, al de estas otras palabras del escritor de *Terre des hommes*: «Ah! le merveilleux d'une maison, ce n'est point qu'elle vous abrite ou vous réchauffe ni qu'on possède les murs. Mais bien qu'elle ait lentement déposé en nous ces provisions de douceur» (T.H., p. 67). La casa se constituye en el eje del hombre. Simbólicamente la casa está ligada a un espacio sagrado, imagen del universo donde se unen el cielo y la tierra<sup>11</sup>, punto de encuentro entre la dimensión material, afectiva y espiritual del hombre.

En varias ocasiones podemos leer en los textos de este autor que la valía de cada ser humano se advierte en la forma de enfrentarse con el obstáculo. La tierra ofrece resistencia siempre y, para someterla, el hombre necesita un instrumento sea cual fuere, el arado o el avión. La forma de abordar la resistencia terrestre de Saint-Exupéry se lleva a cabo desde el espacio cósmico. En medio de la sociedad humana, su mente y su espíritu no alcanzan la

10 SAINT-EXUPÉRY, A., *Lettres à...*, op. cit., p. 223.

11 JULIEN, N., *Dictionnaire de symboles*, Allier (Belgique), Marabout, 1989, p. 213.

lucidez que necesitan para analizar su comportamiento personal y los acontecimientos, precisa del alejamiento y de la soledad para comprenderlos. De ahí la preferencia por el espacio silencioso del aire o del inhóspito desierto, lugares propicios para la reflexión. En *Citadelle* dejó escritas estas palabras: «Car dans le silence seul, la vérité de chacun se noue et prend ses racines»<sup>12</sup>. La voluntad de establecer una civilización renovada en este paraje despoblado responde al deseo de que todos los hombres puedan obtener una libertad de juicio personal semejante a la que reclama para sí.

En las cartas que dirigió a su madre cuando contaba poco más de veinte años, ya señalaba con claridad que lo que perseguía era el conocimiento, incluso en el placer. En esa época de juventud, se adaptaba mal a la disciplina y no encontraba su lugar en la sociedad. Las vivencias del desierto y la observación de la dureza geográfica de la tierra a través del avión se convierten en una particular *revelación* espiritual, para este hombre que aceptaba mal cualquier revelación dogmática. Bachelard ha explicado exhaustivamente la relación estrecha entre el elemento tierra y la formación de la voluntad humana, lo expone así: «La terre en effet, à différence des trois autres éléments, a comme premier caractère une *résistance*. [...] La résistance de la matière terrestre, au contraire, est immédiate et constante. Elle est tout de suite le partenaire objectif et franc de notre volonté»<sup>13</sup>. Este crítico señala también que el dinamismo de la lucha entre hombre y tierra debe ser constante y no disminuir, porque si no ocurre así el sentimiento de victoria personal se desvanece<sup>14</sup>.

Esto explica, en parte, que Saint-Exupéry deseara volar hasta el final de sus días. Pero, junto a esta posible justificación de su necesidad de volar, se vislumbra la exigencia personal de participación en los hechos, circunstancia imprescindible para que él pudiera emitir un juicio sobre la acción efectuada y que, además, constituye la fuente de su inspiración literaria. Escribía sobre lo que conocía bien porque él había formado parte de la realidad que narraba. Volar le permitía atender a una vertiente primordial de su personalidad que mantenía el cerebro en constante actividad y le aislaba de la realidad eventualmente, lo que daba a su mirada cierto aspecto de *rêverie*. Este lado de su personalidad era ya ostensible durante la infancia como nos cuenta su hermana: «La pensée sera à l'aise sous ce front magistral. Le cer-

12 SAINT-EXUPÉRY, A., *Citadelle*, Paris, Gallimard, 1948, p. 62. En lo sucesivo las referencias a esta obra se indicarán entre paréntesis en el corpus del texto: (C., p. X).

13 BACHELARD, G., *La terre et les rêveries de la volonté*, Paris, José Corti, 1947, p. 10.

14 *Ibid.*, p. 378.

veau d'Antoine est sans relâche au travail. Il lui est aussi naturel que la respiration l'est au poumon»<sup>15</sup>. Su mente se evadía con facilidad del ambiente que le envolvía para responder a las dudas que le asaltaban, y su mirada parecía perdida entre sus pensamientos. El habitat del aire y la soledad de la que disfrutaba en él eran un privilegio para aliar la introspección a la que tendía por naturaleza y la necesidad de disciplina que se imponía a sí mismo, obligatoria para realizar su trabajo. Los rasgos de disciplina y de orden no formaban parte natural de su carácter. Nunca llegó a adaptarse del todo al mundo en el que vivía; en su juventud por una incapacidad personal de manifestarse tal como era y, más tarde, porque los valores que predominaban en la sociedad le resultaban desconocidos, la civilización que él valoraba ya no la percibía entre sus semejantes.

### ***De la tierra al espacio. Búsqueda de la trascendencia***

Estas premisas nos llevan a la última de sus obras la única que centra la acción en la tierra, en el desierto. Desde este particular territorio eleva la mirada hacia el firmamento. El paisaje desnudo obliga a volver la vista hacia lo esencial y libera parte de la angustia existencial del hombre. En este largo tratado moral que es *Citadelle*, muchas de las imágenes o símbolos que el autor utiliza están relacionados con el espacio celeste y celestial. Posiblemente, esta dualidad se relaciona con una última preocupación del escritor por la existencia de un ser superior, que el imaginario occidental ubica, por lo general, en un estadio elevado para la perspectiva humana.

La obra se organiza a través de la alegoría de la creación de la ciudadela en el desierto, fortificación emplazada en el corazón del hombre. Esta construcción va a verse habitada, estableciéndose dentro de ella una jerarquización entre los hombres con unas reglas de convivencia determinadas. Saint-Exupéry aprovecha la riqueza significativa de los símbolos porque el lenguaje verbal limita e impide comprender la complejidad de las ideas que desea transmitir, las palabras usuales no bastan para expresar las contradicciones que lleva consigo vivir plenamente. Estos símbolos que tratan de ilustrar la finalidad que persigue su creador, comienzan con la misma ciudadela como centro del habitar del hombre en la tierra y se complementan con otros, como pueden ser la montaña o el árbol. El texto de *Citadelle* no trata de acción y meditación, sino que intenta exponer una teoría forjada por su experiencia.

---

15 SAINT-EXUPÉRY, S., *Cinq enfants dans un parc*, Paris, Gallimard, 2000, p. 22.

En esta obra, no hay contemplación de la tierra desde el espacio aéreo sino enraizamiento desde las profundidades terrenas para elevar al hombre hasta las cimas más elevadas, con la vista dirigida siempre hacia adelante y hacia lo más alto. El elemento simbólico de la montaña responde, en general, a una necesidad de protección divina que existe en la mayoría de las culturas<sup>16</sup>; pero, conjuntamente, es una representación de la dominación sosegada que sitúan al hombre en un estadio elevado desde el que contempla la tierra infinita. Bachelard<sup>17</sup> señala que las imágenes de la inmensidad de la tierra, descifradas desde una atalaya ante el mar, desde una torre o una montaña son figuras que producen en el hombre una sensación de dominio sosegado. Sin embargo, en Saint-Exupéry, estos símbolos adquieren un sentido diferente ya que son representación de estados de ánimo que implican tensión. Su percepción de la llanura desde la cima montañosa no se detiene en la inmensidad calmada de la planicie, sino que su vista divisa ya otro pico elevado que le exige ser superado. Para él, pues, es una búsqueda que no se agota nunca, a pesar de los descubrimientos hallados. La satisfacción del éxito experimentada en la cumbre es siempre efímera en Saint-Exupéry.

Otra imagen reiterada es la del árbol, representación, asimismo, de una vía comunicativa entre cielo y tierra. La inquietud trascendente del escritor es una preocupación primordial en los últimos años de su vida, que refleja claramente en *Citadelle* y en otros escritos de la misma época como los recogidos en sus *Carnets*, breves apuntes de sus reflexiones. Estas anotaciones dejan frases que explican sus ideas sobre el tema de sus creencias religiosas: «Que m'importe que Dieu n'existe pas! Dieu donne à l'homme de la divinité»<sup>18</sup>. La existencia de ese Dios cuyo nombre repite con insistencia no es una certeza clara para el escritor, pero sí lo son los valores con los que la religión cristiana ha impregnado la cultura occidental.

No se puede olvidar tampoco que el símbolo del árbol evoca para esta civilización la fuente del conocimiento por ser la representación del antiguo árbol de la ciencia situado en el Edén, fuente de conocimiento y marca de la inmortalidad perdidas por el hombre al ser expulsado de allí, por haber olvidado el sentido de la eternidad y de la unidad primordial. Saint-Exupéry desea reencontrarse con los principios morales o éticos que considera per-

---

16 JULIEN, N., *op. cit.*, p. 229.

17 *La terre et...*, *op. cit.*, p. 378.

18 SAINT-EXUPÉRY, A., *Carnets*, Paris, Gallimard, 1975, p. 106.

didados en los años turbulentos de la preguerra y de la ocupación de su país, y que él desearía ver resurgir.

El tema de la civilización está muy presente en *Citadelle*, las distintas expresiones de la cultura francesa habían sido un punto de referencia y de encuentro a lo largo de los siglos para todo el pueblo francés que él no quería perder: «Et les rites sont dans le temps ce que la demeure est dans l'espace» (C., p. 29). La *demeure* lleva implícito el habitar que es el rasgo que define al ser desde el punto de vista filosófico, sólo si somos capaces de *habitar* podemos *construir*. Construir y pensar son siempre inherentes del habitar según Heidegger<sup>19</sup>.

La *ciudadela* como cualquier otra morada es un elemento integrador de los hombres y de sus diferencias, que incluye además el matiz de la fortaleza de sus muros para contener y proteger a sus ocupantes. Saint-Exupéry escribe textualmente: «O citadelle, ma demeure, je te sauverai des projets de sable, et je t'ornerai de clairons tout autour, pour sonner contre les barbares!» (C., p. 28). Dentro de la simbología universal, la casa está ligada a la noción de espacio sagrado y eje central del mundo, el espacio profano se sitúa fuera de su umbral<sup>20</sup>:

Las mismas características que hemos considerado en relación con la montaña a propósito de la infinitud de la búsqueda, se pueden añadir a la visión de construcción dinámica con respecto a la casa o a la ciudad. La inquietud constante es un rasgo definitorio de Saint-Exupéry, quien dice textualmente:

Ta cité mourra d'être achevée. Car ils vivaient non de ce qu'ils recevaient mais de ce qu'ils donnaient. [...] Car une cité ne s'achève point. Je dis qu'est achevée mon oeuvre simplement quand manque ma ferveur. Ils meurent alors parce qu'ils sont déjà morts. Mais la perfection n'est point un but que l'on atteigne. C'est l'échange en Dieu. Et je n'ai jamais achevé ma ville (C., p. 88).

La finalidad que persigue el autor con las construcciones figuradas no se obtiene nunca porque es semejante a la perfección, cualidad que no reconoce como humana. Todo lo que es imagen de vida es dinámico y versátil, reflejo de la energía íntima, la *ferveur*, que impulsa al hombre a seguir vivo. Es un impulso motor que le empuja a luchar por descubrir nuevos horizontes tras-

---

19 HEIDEGGER, M., *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994, p. 141.

20 JULIEN, N., *op. cit.*, p. 213.

cententes, y a rechazar al sedentario anímico (C., p. 114). La idea que Saint-Exupéry se hace de Dios es una idea cercana a la perfección donde todo adquiere sentido y coherencia. El hombre llega, a través de esta vida de tensión y superación constante de obstáculos, a participar de la perfección divina.

El afán por crear al hombre, la columna o la montaña es un trío de ensañaciones cosmogónicas que sostienen la llamada *voûte du ciel*<sup>21</sup>, y esa es la clave en la que está escrita *Citadelle*.

### CONCLUSIONES

En esta comunicación he querido mostrar cómo, a lo largo de la producción literaria de Saint-Exupéry, los espacios en los que establecía su vida y la acción novelística eran, fundamentalmente, lugares más relacionados con la proyección de necesidades ontológicas personales que con la necesidad aventurera o de reconocimiento público con la que se le ha presentado a menudo.

Este autor, que ha sido malinterpretado en ocasiones, criticado fuertemente a partir de los años sesenta, después de un ensalzamiento como héroe de guerra en los años inmediatos a su desaparición, y que no es citado en antologías de los años noventa, debería ser releído desde una perspectiva menos heroica y más vinculada a una esencia humana que comienza por la construcción y el conocimiento del propio *yo*, que permita la construcción de un *nosotros* en mayor armonía.

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BACHELARD, G., *Le terre et les rêveries de la volonté*, Paris, José Corti, 1947.  
 — *La poética del espacio*, Mexico - Madrid, Fondo de cultura económica, 1965.  
 CATE, C., *Saint-Exupéry*, Paris, Grasset-Livre de poche, 1994.  
 DESCHOT, E., *Saint-Exupéry*, Paris, Pygmalion, 2000.  
 JULIEN, N., *Dictionnaire de symboles*, Allier (Belgique), Marabout, 1989.

21 BACHELARD, G., *La poética...*, *op. cit.*, p. 390.

HEIDEGGER, M., *Conferencias y artículos*, Barcelona, Serbal, 1994.

LÓPEZ QUINTÁS, A., *Análisis estético de obras literarias*, Madrid, Narcea, 1982.

SAINT-EXUPÉRY, A., *Vol de nuit*. Paris, Gallimard, 1931.

— *Terre des hommes*, Paris, Gallimard, 1939.

— A., *Citadelle*, Paris, Gallimard, 1948.

— *Carnets*, Paris, Gallimard, 1975.

— *Lettres à sa mère*, Paris, Gallimard, 1984.

— *Cinq enfants dans un parc*, Paris, Gallimard, 2000.